



Murcia

María López Costa, 86 años

Malva Matamoros Quero, 26 años

LO EXTRAORDINARIO, DE LO ORDINARIO

Poso la mirada sobre mi mano deslizándose lentamente barandilla abajo. ¡Cómo se ha esfumado el tiempo...!, ¡cómo se ha escurrido! dejando su huella cruel sobre todas las cosas bonitas que la vida nos da, para luego arrebatárnoslas sutil y cuidadosamente. Hay quien dice, que envejecemos así, lentamente y sin reparar en ello, porque si se hiciera de una forma brusca y perceptible para nosotros, al reconocernos un día en un cuerpo envejecido, el dolor de la pérdida sería tan grande que nuestra alma no lo soportaría.

El recibidor está vacío, lo atravieso y salgo al porche. Hay unas cinco personas que como yo, han salido en busca de algo de brisa con la que paliar las altas temperaturas de los primeros días de julio. Me acomodo en una de las butacas de mimbre, la que queda a la izquierda de la puerta principal y me dispongo, simplemente, a dejar que una tarde más pase frente a mí. Al fondo veo a Maravilla, mi compañera de habitación. Alguien a quien no reconozco ha venido a visitarla. Parece contenta, aunque su cara como la de todos nosotros desprende siempre un cierto poso de resignación y tristeza. Pienso en ello, ¿cómo no vamos a estar tristes?, nuestras vidas están tocando a su fin, ese es nuestro denominador común, la muerte vendrá a buscarnos a este lugar, solamente tenemos que esperar. Un lugar donde la gente espera resignada y con una gran dosis de incertidumbre, que su vida se extinga.

Y de pronto comienzo a pensar en la mía, no en mi muerte, sino en mi vida, en los 86 años que llevo a mis espaldas, en la cantidad de cosas que me han permitido vivir, de lugares, de personas, de olores, de emociones, de sonidos... Descanso sobre el respaldo, relajo mis brazos de manos cruzadas sobre el vientre, y con la inmensidad y belleza de la Fuensanta frente a mí, voy cerrando los ojos a la vez que una inspiración profunda me acompaña a otro lugar.

Fuimos muy pobres, pobres pero honrados. Vivía con mis padres y mis dos hermanos en una humilde casa de barro y adobe, en el camino de Alcantarilla, rodeados de una preciosa huerta, que a diferencia de ahora, te deleitaba con su exuberancia de tomates, patatas, bajocas, acelgas, calabazas, además de los limones y naranjas que hoy todavía sobreviven a duras penas. Recuerdo a mi madre guisando en la cocina, llenando la casa de olores imposibles, con el pelo recogido en un moño y un delantal de colores. Arroz con habichuelas, potaje, sémola, migas, hervidos de verdura, y cada ocho días, carne. Cada año comprábamos un borrego pequeño al que sacrificábamos en Pascua, dejando una pata reservada que hacía nuestras delicias cuando llegaba el Año Nuevo. Trabajé desde muy pequeña en una fábrica de alpargatas que había en el camino de Alcantarilla. Manejaba con una destreza sorprendente una Singer de hierro con la que hacía el corte superior del calzado. Cada sábado, a la salida de la fábrica con mis tres reales en el bolsillo, me acercaba a una tienda que había detrás del Romea y me compraba un frasco de colonia. Mi padre, un buen hombre que ni fumaba ni bebía, trabajaba en la huerta y en una fábrica de hierro situada en el camino de Corbera, en lo que hoy, creo, es un bingo.

Cuando estalló la guerra yo tenía 14 años. Se vivió con mucha incertidumbre del futuro y en ningún caso se pensó que iba a durar tantos años. Para nosotros, y para la mayoría de familias de Murcia, la guerra acusó nuestra pobreza y nada más. Puedo ver a mi madre llorando sentada al lado de la mesa, ¿por qué lloras mamá?, - porque no tengo qué daros de comer hija mía. La mujer, se puso a lavar la ropa de otras familias de casa en casa para sacar algo de dinero.

El recuerdo más bonito de mi vida sea quizá el día que me casé y el tiempo que viví con mi marido. Iba vestida de azul marino, falda, chaqueta, 27 años, virgen, enamorada y rebosante de belleza y juventud; montada

en un precioso coche de caballos con galera, que nos prestaron. Nos casamos en el Rincón de Seca, con pocos invitados y con mucha ilusión. Compramos un solar en Aljucer por doce mil pesetas y nos hicimos una casa.

Mi vida de casada, como he dicho antes, la recuerdo por la felicidad con la que la viví, fueron tiempos difíciles, eso sí, la vida aunque más barata que ahora, también era más dura para las familias pobres. Por suerte, a mi Juan nunca le faltó trabajo. Trabajó como fogonero junto al maquinista, encargado de que no le faltara carbón a la caldera. Llegaba a casa completamente negro, sólo se le veían los dientes blancos cuando exhausto decía: -hola nena-, y se dormía sentado. A veces le tocaba pasar semanas fuera, yo le preparaba una cesta con comida y le esperaba con el corazón en un puño. Un día, el tren en que viajaba mi marido, que había salido de Cartagena cargado de sal, y otro de correos que venía de Madrid, chocaron en Navajuelos. Juan pasó 18 días en el hospital de Albacete, yo los pasé hecha un manojito de nervios. Y aún con nuestras dificultades fuimos muy felices, tuvimos dos hijos preciosos y paseamos cientos de atardeceres hasta nuestra vejez por nuestra Murcia que nos vio nacer.

-¡María!, ¡María!, ¿está usted bien?-. Abro los ojos, sobrecogida. Pedro, un compañero de la residencia está frente a mí.

-Sí, sólo estaba descansando, ya mismo le subo-. Me levanto, y arrastro a Pedro en su silla de ruedas hacia dentro. Esta es la historia que tengo para contar, no la historia de mi vida, sino la historia de lo que es la vida, algo fugaz, precioso, algo que hay que aprovechar, porque tiene su principio, y su fin.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Lo que merece la pena vivir es todo aquello que signifique felicidad para nosotros, que al final, es la parte más bonita de la vida, los momentos en los que la vida tiene sentido son todos aquellos en los que nos sentimos felices. La felicidad es que algo tenga sentido, que una parcela de tu vida te reporte tanta satisfacción que te sientas orgullosa de haber hecho las cosas así. Encontramos la felicidad en la realización de nuestras metas, que casi siempre se cumplen cuando nos esforzamos por conseguirlas. En la amistad verdadera, en el amor, en la superación, en la ayuda a los demás, en ver crecer a tus hijos. Merece la pena vivir para atreverse a ser valiente, para no traicionarnos a nosotros mismos, para cuando caigamos sacar fuerzas y volver a levantarnos comprobando la gran fortaleza de nuestro espíritu. Merece la pena vivir para ser auténticos, para cuidar a nuestros seres queridos, para ser cuidados por ellos. Para enamorarse, para soñar, para ilusionarse, para decir sí, para decir no, para quererse, para llorar, para encontrarse, para dejar ir. Lo merece, para conocer el lugar donde vivimos, para comprender la inmensidad del planeta, del milagro de la vida, para preguntarse el por qué de las cosas, para aprender de nuestros errores, para saber que no estamos solos. La vida es un regalo que la naturaleza nos ofrece, merece la pena vivirla, de eso estoy segura, no es un camino fácil, pero en la superación de los obstáculos que se nos vayan presentando encontraremos el sentido. Vive como si cada día fuera el primero, se consciente de tu vida, no te olvides nunca de ello, porque pasa muy rápida, es fugaz como un día. Es preciosa, grandiosa, en realidad, es lo único de lo que somos dueños, de nuestra vida.